

Sr. Rodríguez Gil

DISCURSO NECROLÓGICO

que á la memoria del Ilmo. Sr.

Dr. D. Servando Arbolí y Faraudo

PRESBITERO

LEYÓ SU AUTOR EL

M. I. Sr. Dr. D. Rafael González Merchant, Pbro.

CANÓNIGO DE LA S. M. Y P. IGLESIA CATEDRAL
DE SEVILLA

EN LA SOLEMNE SESIÓN

CELEBRADA POR LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

DE LA MISMA CIUDAD

el día 29 de Junio del año 1908



SEVILLA

LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y C.^á

FRANCOS NÚM 54



DISCURSO NECROLÓGICO



22 cms.

R-43.620



1
CC
13/24

DISCURSO NECROLÓGICO

que á la memoria del Ilmo. Sr.

Dr. D. Servando Arbolí y Faraudo

PRESBITERO

LEYÓ SU AUTOR EL

M. I. Sr. Dr. D. Rafael González Merchant, Pro.

CANÓNIGO DE LA S. M. Y P. IGLESIA CATEDRAL
DE SEVILLA

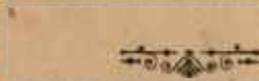
EN LA SOLEMNE SESIÓN

CELEBRADA POR LA

Real Academia Sevillana de Buenas Letras

DE LA MISMA CIUDAD

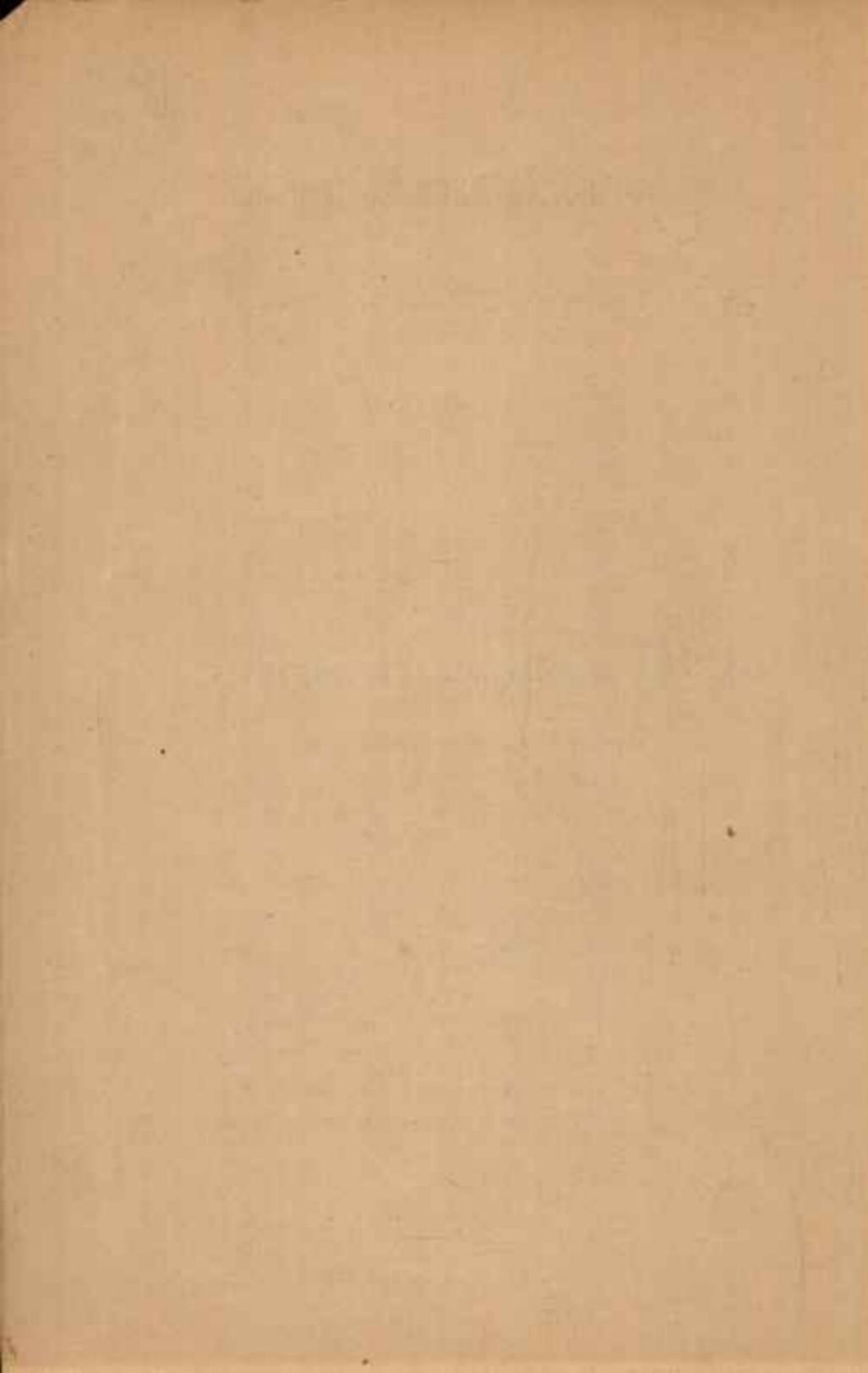
el día 29 de Junio del año 1908

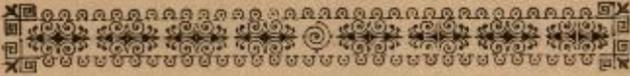


SEVILLA

LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y C.^ª

FRANCOS NÚM 54





SEÑORES ACADÉMICOS:



Si hablar en público fué siempre difícil empresa para los que, como yo, carecen de las dotes y condiciones necesarias, más que difícil, abrumadora es hoy para mí, puesto en el caso por vuestro mandato de rendir el tributo de vuestra admiración y gratitud á la esclarecida memoria del Director insigne que acaba de perder nuestra Academia, el Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí y Faraudo (q. e. p. d.)

Para enaltecer dignamente los sobresalientes méritos del ilustre finado, y honrar su recuerdo como estos méritos y vuestra ilustración exigen, hace falta en

esta solemnidad otra voz que la mía. Necesitaríase un panegirista bastante profundo para aquilatar la inmensa labor literaria y científica del Sr. Arbolí, bastante elocuente para ofrecerla á vuestra admiración, y bastante imparcial para justipreciarla en lo que legítimamente merece y vale. Cualidades que en mí no encontraréis, porque ni soy águila que pueda seguir á las águilas en su rápido vuelo á las espléndidas regiones de la luz, ni tengo la envidiable habilidad de ofrecer á vuestra admiración las preciosas joyas de su riquísimo tesoro como ellas merecen y vosotros merecéis, ni me atrevo, en fin, á prometerme hoy la incolumidad incorruptible del crítico imparcial al estudiarlas y apreciarlas, convencido de que para semejante empeño son malos consejeros el cariñoso respeto y respetuoso afecto que siempre profesé al que veneré y estimé siempre como maestro y amigo.

Sea, sin embargo, pues que así lo habéis querido. Yo procuraré no olvidar-me, al cumplir hoy mi misión, de que, como se ha dicho muy bien, *si la muerte favorece á la justicia, no debe favorecer*

á la lisonja, (1) para ser verdadero y justo en mis apreciaciones, á cambio de que vosotros con vuestra reconocida ilustración y nunca desmentida benevolencia supláis las otras condiciones que me faltan, y que no está en mi mano alcanzar.

Y para empezar mi elogio rindiendo tributo á la verdad y á la justicia, empiezo por reconocer que el *Ilmo Sr. Arbolí* *fué un orador eminente, verdadero príncipe de la oratoria sagrada y legítima gloria del púlpito español.*

Dios, en efecto, que, como Dueño absoluto de sus dones, los distribuye como le place y con el número, peso y medida que conviene á los supremos intereses de su gloria, suscita de tiempo en tiempo hombres extraordinarios, sobre los que derrama esos dones con abundancia, para la perfecta realización de la misión providencial que les confía, conforme á las exigencias y necesidades de cada época.

Pues bien, señores, yo me atrevo á asegurar que el Sr. Arbolí fué uno de esos hombres providenciales, puesto por Dios

(1) P. Lacordaire. Elogio fúnebre de Monseñor de Forbín-Janson.

como la luz del Evangelio sobre el candelabro para iluminar toda la casa (1) y adornado con todas las dotes y facultades necesarias para ser modelo de oradores sagrados, entre los que empieza á causar verdaderos estragos el execrable modernismo doctrinal y artístico que caracteriza á nuestra época; que si el perfecto orador ha de serlo por el fondo y por la forma, el Sr. Arbolí fué, al decir de uno de sus más elocuentes panegiristas, *un profundo pensador, un conocedor, cual pocos lo son, de la patrología cristiana y un castizo y atildado escritor.* (2)

Y al contemplar desde este punto de vista al Sr. Arbolí, cuya semblanza literaria pretendo hacer para su elogio, como cuadra á la significación que en esta Real Academia ostentaba y corresponde al carácter de esta solemnidad con que honramos su memoria, el campo que ante mí se ofrece está tan lleno que no habrá más dificultad que la de espigarlo con acierto. No, no siento yo la intranquilidad que experimenta siempre el que se propone

(1) Mat. V, 15.

(2) Hazañas y la Rua. *Necrología del Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí y Faraudo.*

hablar de un hombre ante el temor de excederse en el elogio: no temo que se me pueda acusar de haber exagerado los méritos del orador insigne. En este punto, la voz pública se ha anticipado á la mía; y por mucho que sea lo que yo os diga, siempre será menos que lo que de él puede y debe decirse.

Ningún otro ministerio es para la Iglesia tan trascendental é importante como el ministerio de la palabra. Hablar; predicar el evangelio á toda criatura; enseñar á todas las naciones: tal es la misión que le confió su Fundador divino. Porque, si la religión es una doctrina, la palabra es la luz que la hace visible, viva y comunicable; es el Sol de la nueva creación de Cristo que ilumina el mundo de los espíritus, como el astro de la luz ilumina el mundo de los cuerpos.

De aquí, señores, el supremo interés con que la Iglesia ha mirado siempre ese gran ministerio de la predicación, inculcando á sus ministros la necesidad de hablar siempre, con oportunidad y sin

ella, por encima de todos los obstáculos y dificultades, y hasta la prisión y la muerte, si es preciso, porque la palabra de Dios no puede estar encadenada, como dijo San Pablo, (1) juntamente con la prudente y sabia flexibilidad con que acomoda su enseñanza, sin traicionar al dogma, y siempre sobre la base de una doctrina inmutable y eterna como la verdad, á las necesidades y racionales exigencias de cada época.

De aquí los dos géneros principales de la predicación cristiana: porque como explica el águila de los oradores sagrados del pasado siglo, el inimitable Padre Lacordaire “hay tiempos y lugares en que la Iglesia, dueña tranquila de los espíritus, no teniendo que combatir más que desórdenes, consecuencia natural de la debilidad de nuestro corazón, se limita á una palabra de edificación que podría llamarse *predicación interior* y pastoral. Pero hay otros, en que encuentra inteligencias rebeldes; bien sea entre los pueblos que no han recibido todavía el misterio de la verdad, bien entre aquellos

(1) II Tim. II., 9.

mismos que fueron ilustrados por ella, pero que disgustados de la luz patrimonial, vuélvenle los ojos, para hacerse astros de su elección. En este caso la Iglesia llama en su socorro una palabra que sería difícil definir con caracteres constantes, á causa de la variedad de errores que ella debe combatir, y de las almas que quiere convencer, pero que puede llamarse la *predicación exterior ó apostólica*. (1)

Y otros tiempos hay, me atrevería yo á añadir, en que estos dos géneros de predicación han de fundirse en uno solo, en que á la claridad, sencillez y unción de la predicación pastoral, se añada la profundidad, el nervio y la solidez de la predicación apostólica, para ofrecer el pan de la doctrina á una sociedad, como la nuestra, harto ignorante é indiferente en materias religiosas, al par que demasiado osada y engreida, merced á los aires de libertad que por todas partes soplan, para atreverse á discutir y hasta á negar sus dogmas en sus mismos fundamentos. ¿Quién es hoy, señores, el orador

(1) P. Lacordaire. Obra citada.

sagrado que, al presentarse en público, no tenga que dirigirse á un auditorio en el que se hallen mezcladas, aunque en diferentes proporciones según los casos, y como conjuradas para oponer resistencias á la palabra divina, la ignorancia, la indiferencia y la incredulidad?

Claridad, pues, y sencillez para los ignorantes, unción y celo para los indiferentes, y profundidad y lógica para los incrédulos: tal ha de ser, señores, el bagaje doctrinal del orador sagrado en nuestros días; tal ha de ser el fondo de la predicación cristiana en nuestra época. Y este fondo de doctrina envuelto en el espléndido ropaje y adornado con las mejores galas del arte literario, para ofrecerlo con éxito á un siglo como el actual, de paladar tan fino y delicado, gracias á su cultura y á sus indiscutibles progresos.

Pues bien, señores: es propio de espíritus elevados penetrar bien la principal necesidad de los tiempos en que viven, y aplicarse á remediarla. Y este fué el mérito singular del Sr. Arbolí como predicador y el secreto de los envidiables triunfos de su oratoria.

Le había dotado el cielo de poderosas facultades y excelentes aptitudes para el sagrado ministerio de la palabra; y esas aptitudes y facultades, desarrolladas y perfeccionadas en él bajo la acertada dirección de su tío por la línea paterna, el insigne Obispo de Cádiz D. Juan José Arbolí y Acaso, con quien vivió largos años, le enriquecieron con aquel caudal de profunda doctrina y aquella bellísima y exquisita forma de expresión con que *instruía deleitando*, según el precepto, cautivaba la atención y encantaba y seducía á sus oyentes.

Fondo y forma de que tan gallardas muestras nos ha dejado en sus obras, publicadas unas é inéditas las más, y tan profundas como su *Crítica Filosófica*, acabado estudio de la filosofía moderna, *La Eucaristía y la Inmaculada*, en la que “se ponen de manifiesto los puntos de contacto que existen entre el Sacramento de amor y el misterio de la pureza incomparable de María. (1) su *Tratado de los Angeles, El Progreso y lo Absoluto* y sus *Meditaciones y materias predicables*; en

(1) *El Smo. Rosario*. Revista núm. 117.

obras tan eruditas como su *Introducción general al estudio de los Santos Padres*, sus *Disertaciones Patrológicas* y su *Tratado de la Elocuencia cristiana en España*, tan justamente alabada por el eminente crítico y literato insigne D. Juan Valera (1); en obras tan elevadas y tan tiernas como *La Vida del Corazón*, tan lógicas en la defensa de la verdad y en la refutación de los errores como la *Crítica de la Escuela Ecléctica* y la serie de artículos *El Papa y el Congreso*; tan bellas, en fin, como su notabilísima colección de discursos académicos, tales como *El Espíritu de Cervantes*, *La Misión del Arte y Jesucristo y los filósofos*, leído éste en su recepción solemne en esta R. Academia el año de 1879, y la no menos lucida colección de oraciones fúnebres como las de Cervantes, Méndez Núñez, Reina Mercedes, Alfonso XII, Cánovas del Castillo y sobre todo, las sublimes pronunciadas en nuestra Catedral en honor del Eminentísimo Cardenal Sanz y Forés y del gran Pontífice León XIII.

Hombre de su tiempo, siguió el señor

(1) En carta particular fechada en Madrid el 4 de Enero de 1891.

Arbolí muy de cerca todo el movimiento científico y literario de su época, para ponerlo como sacerdote, que ante todo y sobre todo fué siempre, según se ha hecho notar (1), al servicio de la verdad católica y de la sagrada causa de Cristo y de su Iglesia, como celoso defensor de sus derechos y de sus glorias. Por eso, señores, Arbolí como orador sagrado se impuso á todos, y sus sermones eran escuchados siempre, aun por los más heterogéneos auditorios, con avidez, con fruición y hasta con éxtasis; porque, profundo conocedor de las necesidades y de las legítimas exigencias de su siglo en este punto, bebió hasta saciarse en las puras fuentes de la verdad católica, la Sagrada Escritura, que por haber llegado á hacersele familiar citaba y comentaba con una precisión y oportunidad pasmosas, y saboreó hasta asimilárselas las escondidas bellezas de la oratoria patristica que llegó á conocer como muy pocos; elementos, señores, que fundidos en el crisol de su preclaro y cultivado ingenio, formáronle en deliciosa amalgama aquella

(1) Hazañas y la Rua. Obra citada.

oratoria tan suya, tan inimitable, tan sugestiva y atrayente, que sin ser copia servil de sus modelos, los recuerda siempre, revelándose en su estilo algo de la concisión de Tertuliano, de la profundidad de S. Agustín y de la energía de San Gerónimo, prodigiosamente equilibrado con la naturalidad, brillantez y la unción y dulzura que respectivamente caracterizan el estilo de S. Gregorio, del Crisóstomo y de S. Bernardo.

Por eso en todos sus sermones y muy especialmente en sus bellísimas homilías (género predilecto de su predicación) hállanse, como piedras preciosas en riquísima joya, profundas verdades extraídas de la mina inagotable de la verdad (Escritura y Tradición), prendidas con el fuerte engarce de una argumentación vigorosa y perfectamente lógica, en el oro bruñido de un lenguaje limpio y terso, que avaloran los delicados esmaltes del arte más puro y exquisito. ¡Y es claro! ¿Cómo, señores, no había de ser verdaderamente elocuente un orador tan lleno de sólida doctrina, si al decir de los maestros (1), la abundancia y solidez de ésta

(1) S. Aug. *De Doctrina christiana*. VI.

es la primera razón de la elocuencia? ¿Y cómo siéndolo con esa verdadera elocuencia que brota espontánea *ex abundantia cordis*, y que yo llamaría *de buena ley* por oposición á esa falsa elocuencia, hoy tan en boga, que no es otra cosa que gárrula, aunque quizás brillante, palabrería sin fondo y sin sustancia, cómo repito, no había de fascinar y cautivar con ella á sus oyentes, si en ella encontraba el espíritu de éstos cuanto necesitaba y podía exigir para su cumplida satisfacción?

Con razón, pues, cuantos tenían la dicha de oírle convertíanse en entusiastas admiradores suyos y en pregoneros de su fama que en sus alas ha llevado su nombre á todos los ámbitos de nuestra península y aún fuera de ella; con entera justicia se conquistó y ocupa hoy con honor lugar preferente entre los más insignes predicadores modernos; harto merecidos, en fin, son los elogios con que á su muerte se han encomiado por todos sus altas prendas é indiscutibles méritos. Sí, señores académicos, yo no hago más que cumplir el sagrado deber de rendir tributo á la verdad y á la justicia, llamando al se-

ñor Arbolí, como antes lo hice, orador eminente, verdadero príncipe de la oratoria sagrada y legítima gloria del púlpito español, ya que en todos sus sermones supo reunir, como escribía en ocasión solemne nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado, Secretario entonces del Obispado de Salamanca, *abundante doctrina, magníficos conceptos, ideas brillantes y galana frase* (1).

Y no se me diga que para merecer el honroso título de maestro y modelo acabado de oradores no bastan las cualidades positivas de fondo y de forma, de profundidad y solidez en la doctrina juntamente con la belleza y el arte en la expresión que todos han reconocido y nosotros con todos hemos admirado en el Sr. Arbolí como orador. Lo sé: no se me oculta que con las cualidades que he llamado *positivas* han de adornar al que haya de proponerse á los demás como modelo y maestro, otras, que por oposición á aquéllas podríamos llamar *negativas*, y no sin fundamento, toda vez que en su concepto no son otra cosa que la

(1) Boletín Ecco. de Salamanca. 11 de Noviembre 1879.

carencia de aquellos defectos que, al caer sobre el discurso, como manchas grasientas sobre riquísimo manto de púrpura, afean el conjunto, desvirtúan su influencia y empañan su brillo. Sí, lo sé; y por eso me he atrevido á llamar al Sr. Arbolí modelo y maestro de oradores en términos absolutos, porque esos defectos en que tantos incurren en más ó menos grado, y que son los que hacen que hombres de gran talento por otra parte, verdaderos sabios y literatos eminentes no rebasen, en este orden, el bajo nivel de las adocenadas medianías, jamás empañaron el brillo y la tersura de bruñida plata de su oratoria inimitable. Profesor por espacio de muchos años de oratoria sagrada en los Seminarios de Granada y de Sevilla, supo evitar cuidadosamente en sí mismo los defectos que, para que los evitaran, señalaba á sus alumnos; y haciendo antes que enseñando (que es el mejor método de enseñanza), era como el texto vivo con que, más aún que con sus explicaciones, enseñaba.

Y en efecto: prescindiendo de las cualidades puramente naturales y físicas de que no debemos hacer mérito, porque no

son imputables al orador, ya que no dependen de su voluntad, todos los preceptistas convienen en exigir en primer término, como primera condición del predicador, el conocimiento exacto, la más alta idea y plena conciencia de la sublimidad y dignidad del augusto ministerio á que ha sido llamado. Y con razón; porque bien puede asegurarse que la carencia de ese elevado concepto que ha de tener el orador sagrado de la divina misión que se le confía, es el primero, el mas trascendental y funesto de sus defectos, como que es la raiz y el secreto de todos los demás, y el que rebajándole y desprestigiándole á los ojos de su auditorio, desprestigia y rebaja con él su ministerio, y esteriliza por completo su misión.

¡Horrible profanación del púlpito, señores, que es cátedra de apóstoles y no escenario de farsantes! Profanación que hoy por desgracia cometen con frecuencia ciertos predicadores á la moderna, tan llenos de sí mismos, como olvidados de lo que en la cátedra sagrada deben ser, y á quienes pinta de mano maestra, y ridiculiza y fustiga como merecen un célebre orador contemporáneo con estas palabras:

“Hay predicador, dice, que sólo se preocupa de sus miserables condiciones exteriores: rostro agradable y acicalado, manos finas y elegante acción, voz simpática y amanerado énfasis de ciertas frases y palabras son todo su equipaje oratorio. Agrada á los mundanos y señoras idem, y en cambio extraña y coarctista á los oyentes cristianos de veras.— Este tiene pensamiento claro y terso sin llegar á sublime, pero le viste con decencia y alguna vez con lujo. Su palabra elegante y armoniosa halaga al oído: se le oye con gusto y él se admira en su auditorio que le sirve de espejo. ¡Infeliz! En su vanidad ha recibido el premio.— Aquel otro baila en la maroma de una proposición arriesgada, sin cuidarse de que á ambas partes tiene abiertos los abismos del error. Frases aventuradas le hacen inclinar á derecha é izquierda, y una palabra feliz le vuelve al equilibrio. Divierte, emociona, y en resumen su fruto es... vilipendio de la palabra de Dios.— Tal otro quiere á todo trance, por fas ó por nefas, producir efecto. Hincha, exagera, disfraza la verdad con excentricidades de mal gusto que emboban á sim-

ples y necios, mientras él deprava á satisfacci3n sus ricas facultades.—El de más allá, en fin, ensimismado y engolfado en las bellezas que contempla, se encumbra y se cierce sobre su auditorio. Causa admiraci3n su vuelo magestuoso y amplio talento. De vez en cuando, piérdendole de vista, y aguardan que descienda, y celebran su aparici3n. Es un hermoso pájaro. Quiera Dios que no se pierda en los altos desiertos de la vanagloria. No seáis, pues, oradores cristianos, concluye, no seáis ninguno de estos; sed apóstoles., (1) ¡A tan ridículos excesos, señores, conduce al predicador el poco aprecio y estima en que tiene el sagrado ministerio que ejerce en el púlpito, cuando prostituyéndolo, más que á Dios y á las almas se busca á sí mismo, convirtiéndolo de palenque de su celo en pedestal de su soberbia!

Aprecio y estima del augusto ministerio de la predicaci3n que fué siempre el distintivo de los grandes predicadores formados en la escuela del gran maestro de todos ellos, el Apóstol San Pablo, y

(1) P. Monsabré. *El Orador sagrado* L. I, Cap. IX.

que como ellos tuvo en el más alto grado el Sr. Arbolí. Recordad sinó todos sus sermones, y así en la elección de los asuntos como en el desarrollo de su enseñanza, veréis campear en todos ellos como supremo regulador, y sentiréis palpitar en su fondo como espíritu que los informa, el elevado concepto que tenía de sí mismo como ministro de la palabra de Dios, es decir, de los respetos que la verdad católica merece é impone á los encargados de anunciarla en nombre de Dios al mundo. Palabras de maestro, como tuyas, que jamás deberían olvidar los que á tan santo ministerio se dedican, y en las que, al par que se revela á sí mismo, inculca su espíritu á sus discípulos, son aquellas pronunciadas en ocasión solemne y dirigidas á jóvenes que se formaban para el sacerdocio, cuando decía: “En aprender lo inmutable y en predicar con autoridad de lo alto, está el secreto de la conversión, si el disidente ha de rendirse, herido del rayo de la gracia. Por eso no me pago ni de eruditas disertaciones, ni de argumentos prolijos, ni de ese fárrago copioso de variadas materias, que algunos manejan con habilidad y que yo en-

vidio en casos determinados. Lo que me arrebató y me vence, es la sencillez de la fé y el candor de una doctrina purísima que tiene crueles enemigos, los que no han de apasionarse de ella, á mi entender, por los atavíos con que la exornemos, sino por la ruda franqueza de su afirmación y por las bienhechoras derivaciones de su ortodoxia., (1)

Señores, tales palabras son toda una revelación y todo un programa. En ellas el Sr. Arbolí nos revela el secreto de la envidiable perfección que llegó á alcanzar como orador sagrado, y deja trazado, como maestro, á sus discípulos, el único camino por el que podrán alcanzar iguales alturas. Camino que no es otro que ese sentimiento de respeto y veneración á la palabra divina que él le profesaba, y que bien á las claras se manifestaba en todos sus trabajos; porque solo él defende y protege como con un escudo impenetrable al orador sagrado, contra todos los demás defectos en que, sin esa veneración de su ministerio y respeto de sí

(1) Discurso de inauguración del curso de 1890 á 1891 en el Seminario C. de Sevilla.

mismo, como ministro de Dios, incurriría.

Y verdaderamente, señores; porque el Sr. Arbolí respetaba y veneraba la palabra de Dios, y tenía de la predicación cristiana el alto concepto que merece, jamás la sustituyó en el púlpito por *las palabras vanas de la humana sabiduría*, en frase de San Pablo, (1) escogiendo como tema de sus sermones esas cuestiones más profanas que religiosas, que como se ha dicho muy bien, *solo son propias para lisonjear la curiosidad de ciertos auditorios, sin fruto alguno para la fe*, como desgraciadamente vemos hoy que lo hacen tantos, que quizás gozan de gran fama, pero *á quienes nada importa dejar vacías las almas á trueque de ver llenas las iglesias*. (2) Conferenciantes de nuevo cuño, oradores á la moderna de quienes un sabio Obispo dice, que “ostentan erudición pasmosa, pero casi siempre fuera de propósito; vagan á tientas por los dilatados campos del saber; dan una mirada á los últimos descubrimientos; adoptan temas arduos de derecho interna-

(1) Corinth. II, 4.

(2) P. Monsabré. El orador sagrado. L. I., Cap. VI.

cional; citan con magistral aplomo ante el tribunal de la razón los grandes problemas actuales, y sin preocuparse de si están ó no en lo firme, deciden categóricamente las cuestiones más importantes del día... cuando no es que toman asuntos indefinidos, nuevos, peligrosos, enigmáticos, temas de carácter genérico, vago y elástico, tales como la *Mujer*, la *Patria*, etc.... y en los que los infelices se hallan en frente de horizontes tan vastos y puntos de vista tan inciertos y oscuros, que no sabiendo por donde lanzarse, comienzan á dar á diestro y siniestro, sin sacar en limpio cosa clara ni sólida., (1)

No es esto, sin embargo, decir que no se deban abordar á veces en el púlpito semejantes cuestiones, pero siempre con sujeción á las sabias y prudentes reglas dictadas hace poco sobre tan importante materia por la Iglesia misma, (2) y, sin olvidar nunca que deben ser tratadas cristianamente, esto es, que en ellas y con ocasión de ellas debe siempre predicarse á Jesucristo, desbrozando á las al-

(1) Nota del P. Monsabré en la obra y lugar citados.

(2) Carta-circular de la S. Congregación de Obispos y Regulares sobre la predicación, 31 de Julio de 1894.

mas de la maleza de los errores y preven-
ciones modernas, para disponerlas de esta
suerte á recibir con fruto la semilla divi-
na de la fe. “Su único objeto, dice á este
propósito el insigne Padre Lacordaire,
ha de ser preparar á las almas para la fe,
principio de la esperanza, de la caridad
y de la salvación; ya que mermado ese
principio por muchos años de una litera-
tura corrosiva, solo espera, para renacer,
el conmovido acento de una palabra ami-
ga que... trate con la inteligencia y le
depare luz, como se procura la vida á un
sér enfermo y tiernamente amado.” (1)
Por tanto, aun *la conferencia*, ese género
de predicación polemista y apologético
más que expositivo, impuesto por las cir-
cunstancias actuales, y que con el mismo
Padre Lacordaire llamábamos antes *pre-
dicación exterior ó apostólica*, ha de ser
evangélica; porque sinó “en el solo hecho
de no serlo, es decir, en el hecho mismo
de no ser enseñanza magistral de la fe,
digna, por consiguiente, de absoluto aca-
tamamiento, no suena bien en un púlpito
llamado cátedra evangélica, porque en

(1) P. Lacordaire. *Conferencias*. Introducción.

él no cabe discusión, ni en una iglesia que es casa de creyentes y no escuela de filósofos., (1)

Y bien, señores, ¿quién ignora que esta era la nota característica de la predicación del Sr. Arbolí? La homilía ó explicación de la S. Escritura, especialmente del Evangelio, en todas sus formas, desde la que siguiendo paso á paso el texto sagrado lo parafrasea y lo comenta, como la bellísima exposición del *Magnificat* con que hizo su último panegírico de la Inmaculada Concepción en nuestra Catedral, hasta la que coordina el texto en un plan y lo divide obedeciendo á una idea dominante en él, como sus célebres homilías del Miércoles de Ceniza predicadas en el mismo templo por muchos años consecutivos, era su género favorito, como predicador formado en la clásica escuela de los Santos Padres, y en el que se conquistó el justo renombre de que goza. Que no, no es, señores, la palabra de Dios, digan lo que quieran los oradores modernistas, á que antes aludía, es-

(1) P. Paulino Alvarez. O. P. *Conferencias*, de Barcelona. Prólogo.



trecho círculo de hierro en el que no quepan todas las cuestiones, que más ó menos directamente tocan á la humanidad y á sus destinos, ni que aprisione y esclavice al espíritu, quitándole la perfecta libertad de sus movimientos. No; antes por el contrario, en la homilía, en la explicación de la palabra de Dios ostentan los Santos Padres y Doctores sus arranques más sublimes, porque, según el insigne Monsabré, *todo lo predicable puede abordarse en ella con infinita variedad*; (1) y si bien es cierto que, como explica San Agustín con palabras que parecen escritas expresamente para nuestros tiempos, ha de hacerse lugar distinguido en la predicación al arte de agradar, en favor de aquellos que no tienen el gusto de la verdad á secas, (2) no teman nuestros oradores que la exposición de la Escritura corte los vuelos de su elocuencia, porque al decir de Fenelón, *basta el hecho de explicar la Escritura sagrada para*

(1) P. Monsabré. *El Orador sagrado*. L. I., Cap. VI.

(2) «*Propter eos igitur quibus fastidientibus non placet veritas, si alio quocumque modo, nisi eo modo dicatur, ut placeat et sermo dicentis, datus est non parvus etiam in eloquentia locus.*» (S. Aug. De Doctr. christ. IV, XIII)

ser elocuente, ya que esto es imitar el más perfecto modelo de elocuencia. (1)

Finalmente, señores, pese á la incalificable osadía y presunción ridícula de los que estiman como un mérito predicar sin concienzuda y detenida preparación, yo apunto, por el contrario, como un mérito singular del Sr. Arbolí el no haber ocupado jamás la cátedra sagrada sin haber meditado profundamente su asunto, como claramente se echaba de ver en la concisión y claridad del concepto, en la precisión y método de sus divisiones y en la propiedad y fluidez de su desarrollo.

Nó, eso no se improvisa. Para hacer un discurso digno de este nombre, por gran talento é instrucción que se tenga, hay que prepararse; porque como escribía Berryer á un amigo, *el secreto de los improvisadores es que no improvisan del todo.* “Por mi parte, añade enseguida, y siendo del oficio, confieso que no podría decir lo que no hubiese meditado antes con gran detenimiento,„ (2) Refiérese, señores, que el gran Lacordaire, aunque

(1) Fenelón. *Diálogo sobre la Elocuencia.* III.

(2) Ab. Berryer. *Cartas á un amigo.*

tan ricamente dotado, tenía horror á las invitaciones indiscretas que de repente le hacían, y habiéndole rogado un día el director de un notable centro de educación, que el gran orador visitaba, que dirigiese unas palabras á los jóvenes allí reunidos, contestóle: “Señor director, de haberme avisado antes, hubiera pensado algo; pero tengo mucho respeto á la palabra pública para usarla sin preparación „ Y si tal respeto ha de merecer la palabra pública á todo orador que sepa respetar al público y respetarse á sí mismo ¡cuánto no deberá ser el respeto y veneración que merezca al orador sagrado, no ya la palabra pública, sino la palabra divina que tiene la misión de anunciar! Señores, siempre me ha parecido intolerable, y en el púlpito hasta me hace temblar, lo que un eminente preceptista llama “lamentable facilidad de algunos oradores, con la que ahogan el pensamiento (si alguno hay) entre olas de palabras y facundia torrencial, que se lleva la buena tierra, dejando solo arena y cascote de aluvión en su tránsito. Habladores sempiternos, continúa, que á propósito y fuera de él nos inundan con el

aguacero de sus discursos y con las turbias avenidas de su elocuencia; porque las más de las veces, no hay un solo pensamiento sólido en esa charla, interminable serie de vulgaridades y lugares comunes,,. (1)

Nó, no se estima á sí mismo, ni menos estima y aprecia, como es debido, la dignidad y santidad de su sagrado ministerio, aquel orador que osada é irreflexivamente se lanza á las aventuras de la improvisación, sin cuidarse de los graves peligros é innumerables inconvenientes que ofrece, á cambio de muy pocas y muy problemáticas ventajas; porque si hay quienes piensan que solo la improvisación forma verdaderos oradores, no faltan oradores eminentes y bien acreditados que, con todo el peso de la autoridad que les dió una larga experiencia, aseguran que “semejante juicio es superficial, y que jamás se le oirá á personas laboriosas y solícitas por la perfección de la palabra pública, sino solo á los enemigos de molestarse, que cuentan con cierta

(1) Bautain. Estudio sobre el arte de hablar en público. III.

facilidad de palabra y se figuran que hacen maravillas llenando una hora de charla inagotable; improvisadores adocenados, en quienes alguna vez se verán rasgos felices, pero siempre poco fondo y aún menos corrección en la forma, siendo difícil, por no decir imposible, analizar sus discursos,,. (1)

Nó, no teman los que tal piensan que la preparación les corte los vuelos, apriisionándolos entre las mallas inflexibles de lo preparado. Su preparación no impidió nunca al Sr. Arbolí, como á ninguno de los grandes maestros de la oratoria, aprovechar las ideas que en el desarrollo del asunto se le ocurren, y prorrumpir en esos sublimes arranques oratorios que ponen en sus labios las impresiones del momento. Antes bien, solo á la preparación conveniente, es decir, la que, según las facultades y especiales aptitudes de cada uno, sea bastante para hacerle dueño absoluto de la idea sin esclavizarle á la palabra, preparación que nuestro insigne orador, según su propio testimonio, no omitió jamás, porque ese *es defecto*

(1) P. Monsabré. *El Orador sagrado*. L. I., Cap. VII.

que los grandes maestros evitan siempre religiosamente, (1) cabe atribuir, como su fruto inmediato y necesario, aquella elevación de pensamientos, aquella solidez del raciocinio, aquella seguridad de la doctrina, aquella exactitud, en fin, del lenguaje que le permitía, aún en los más fogosos transportes de la elocuencia, no hacer jamás traición á la verdad.

Basta ya, señores académicos, que harto he molestado vuestra indulgente atención.

He pretendido trazar la figura del Sr. Arbolí como orador sagrado, y temo no haberlo conseguido; parte porque él es demasiado grande para poder ser reducido al estrecho marco de un breve discurso, y también y principalmente por ser yo demasiado torpe para trazar figuras de tal magnitud. Siento, no obstante, la satisfacción del deber cumplido; porque, si bien por las razones indicadas no he podido ofrecer un cumplido retrato del hombre eminente que con vuestro aplauso, porque conocíais y apreciábais su indiscutible mérito, ocupó dignamen-

(1) Mr. Juho Favre, abogado. *Cartas.*

te el mas alto sitio de esta R. Academia, en mi modesto trabajo tenéis un esbozo, un ligero boceto... cuatro rasgos más bien, pero suficientes por lo verdaderos para honrar su memoria y justificar vuestro homenaje, según creo. Porque, eso sí, señores, no consiento que á mi trabajo se dispute su verdad y su sinceridad, que es todo su mérito, que por eso he puesto especial cuidado de que en él no hable el corazón con sus afectos; y olvidándome de propósito del maestro y del amigo, títulos con que me honraba, no he querido ver en él más que al orador; le he hecho comparecer con el bagaje de sus obras ante el tribunal de los maestros, y al contrastarlas con la piedra de toque de los preceptos de la oratoria sagrada, habéis visto que la suya es oro fino por el fondo y por la forma, sin mezcla alguna de escoria y de impureza. No soy yo, por tanto, quien lo dice, es la justicia la que, confirmando la voz de la fama, proclama hoy al Sr. Arbolí, alzándose sobre su tumba, *predicador insigne, verdadero príncipe de la oratoria sagrada y legítima gloria del púlpito español.*

Dejadme, pues, señores académicos,

que así lo diga y lo repita hoy en vuestro nombre, pues que me confiásteis tal encargo, como homenaje debido á su memoria; que si para vosotros tributarlo es de justicia, y para mí es además de gratitud, para todos es un grande honor, porque se honran á sí mismos quienes honran al talento y al genio, sea cualquiera la esfera en que despliegue sus alas y remonte su vuelo.

HE DICHO.

